

Carlos Clavijo

EL HIJO
DE LA VID

temas de hoy. TH NOVELA

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

Edición no venal

El contenido de este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

© Carlos Clavijo, 2010

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2010

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

www.temasdehoy.es

Depósito legal: M. 53.371-2009

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Printed in Spain–Impreso en España

*Los rayos de sol se condensan y toman cuerpo en las uvas
para que los hombres se lo beban.*

DANTE

I

El 9 de octubre de 1895, a cuatro millas de Veracruz, el carguero *Brunel* se defendía de un viento huracanado que se empeñaba en mandarlo a pique. Cuarenta días antes, la nave había salido del astillero Forge Company, en Liverpool, y su casco de madera, propulsado por una máquina de vapor de dos cilindros, albergaba en su interior barricas de rioja. La exportación de vino se había convertido en un negocio de generosos beneficios. Pero aunque el origen de la carga era español, no así la mayor parte de su tripulación. Desde el capitán Cornell hasta el cocinero Pynchon, pasando por el viejo doctor Edgarton, casi todos eran súbditos de su Majestad. Aunque también había mexicanos, filipinos, irlandeses bebedores de whisky y algún estadounidense. Miguel Moreno, un joven grumete de ojos azules y mirada decidida, era la única excepción. Había nacido en San Esteban, una pequeña población de unos tres mil habitantes cerca de Haro, en la Rioja. Con tan solo quince años había abandonado a su familia para embarcarse en el puerto de Bilbao con rumbo desconocido. Su

intención, manifestada a las claras ante quien quisiera oírle, era regresar a su hogar con dinero suficiente para paliar las penurias de su familia. La mayoría de los marinos le consideraban un soñador. Pero el capitán Cornell, con la sabiduría que otorgaban varias décadas amarrando en puertos distintos, le había pronosticado:

—Llegarás lejos, grumete.

Ahora todo aquello le parecía demasiado remoto. Un manto grisáceo cubría el cielo mientras las olas zarandeaban las tres mil toneladas del *Brunel*. La tripulación en pleno se esforzaba en achicar las cuatro vías de agua que acababan de brotar en el vientre del buque. El océano oscuro parecía abrir su boca para engullirlos de una vez por todas. Solo un milagro podría salvarlos. El carguero se zarandeaba a reflujo de las olas, mientras las ráfagas de viento racheado asolaban la cubierta. Se avecinaba la catástrofe.

El piloto trataba de enderezar la rueda del timón, que giraba con vigor en una dirección y en otra, mientras la nave daba bandazos, provocando vómitos y mareos incluso entre los marineros más expertos. La tripulación estaba paralizada por el miedo; nunca había visto nada igual. El viento arreciaba con más furia y en medio del pánico y la confusión se presentía que la tempestad acabaría en zozobra.

De pronto, la nave comenzó a escorarse hacia la izquierda mientras los gritos y los rostros desencajados se cruzaban dando tumbos a merced de un destino caprichoso. Las olas se desplomaban contra la popa y los marinos se empapaban de agua mientras los mástiles comenzaban a crujiar. Los cabos que sujetaban las velas penduleaban aquí y allá, sueltos, convertidos en armas casi mortí-

feras para cualquier cabeza distraída. Algunos marinos se ataban con cuerdas a las argollas del puente y, ateridos de frío, veían cómo el carguero se inclinaba de manera peligrosa hacia las olas crispadas. El buque parecía un paquidermo agonizante. Se resistía, pero de un momento a otro se esperaba el vuelco final. En esas, un marinero fornido y con barba canosa subió de la bodega gritando:

—¡Hay un boquete de un metro! ¡Hay un boquete de un metro!

A partir de ese momento, todos los tripulantes pensaron que iban a morir ahogados. Ya no había remedio. Miguel se asomó a estribor y vio pequeños barriles que escapaban flotando del interior del carguero. La cosa pintaba muy mal. El viento seguía castigándolos con fuerza. Al segundo, se oyó un grito horrorizado. Pynchon el cocinero se asomó para advertir:

—¡La carga de la bodega! ¡La carga se desplaza! ¡Los toneles están rodando hacia popa!

Desde la planta superior podía oírse cómo rodaban allá abajo. Los barriles cogían fuerza con cada vaivén y golpeaban con un ímpetu atroz las paredes del casco. Miguel hizo una señal con la mano al grumete Frank Haford, un pelirrojo pecoso nacido en Wisconsin con el que había hecho buenas migas. Este se acercó con torpeza, agarrándose con las uñas a la madera, temiendo que el viento le arrancara del puente mientras el agua le salpicaba en la cara.

—¿Qué hacemos? —preguntó asustado.

—¡Bajemos a la bodega a achicar agua! ¡Ya no hacemos nada aquí! —le gritó Miguel.

—El capitán necesita que avistemos los arrecifes... —replicó Frank.

—¡En el puente ya no hay nada que hacer! ¡El timón se ha roto!

Aquella noticia explicaba las violentas arremetidas que daba el carguero. Al enterarse, Frank le miró con el rostro lívido.

—No puede ser...

Quedó unos instantes pensativo, comprendiendo que casi todo estaba perdido. El mar rizado ya saltaba hacia el puente y les bañaba los pies.

—¡Tenemos que abandonar la nave!

—¡Preparad un bote! —gritó Frank desde la distancia.

Dos marineros soltaron los cabos y una embarcación de madera descendió hacia el mar. El chirrido de la polea se alternó con los golpes que daba la lancha contra el casco. Mientras el viento se lamentaba, abajo saltaban las crines de las olas.

Miguel recordó en ese instante que debía bajar a su camarote con urgencia. Antes de que el barco se fuera a pique, tenía que recuperar la pequeña bolsa de cuero en la que guardaba sus ahorros. Haciendo oídos sordos a las advertencias de Frank, se coló escaleras abajo, y dando tumbos contra las paredes alcanzó su camarote.

—¡Ya estoy! —clamó.

La estancia se hallaba revuelta. Los libros en el suelo, algunas mantas flotando sobre dos dedos de agua. Un cuadro con la rosa de los vientos y otro con el lenguaje de banderas se habían caído de la pared. Miguel Moreno alzó el colchón de paja y allí encon-

tró su bolsa repleta de monedas. Luego se la colgó del cinturón y subió las escaleras para alcanzar la proa justo cuando la embarcación sufría una nueva embestida.

—¡Vamos, date prisa! ¡No hay tiempo que perder! —gritó Frank.

Los dos avanzaron a trompicones, como si estuvieran borrachos. De pronto, una ola enorme e inesperada cayó desde arriba y aplastó el carguero. Todo se llenó de agua y se volvió turbio. Miguel cerró los ojos y logró aferrarse a un ojo de buey. Cuando los abrió de nuevo, vio que el puente se había quedado vacío. Delante de él oyó un grito ahogado. Miró en todas direcciones y observó con angustia a su compañero Frank. Su figura se hacía pequeña en alta mar. Alzaba los brazos pidiendo socorro al tiempo que sus chillidos de terror llegaban cada vez más amortiguados. La corriente lo arrastraba a lo lejos.

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua! —gritó Miguel con el corazón en un puño. Aporreó la campana, clonc, clonc, clonc, y sin pensárselo un segundo cogió un salvavidas, amarró una cuerda a un cabo del puente y se arrojó a las gélidas aguas en busca de su amigo. Al caer al agua notó un escalofrío helado. Nadó con todas sus fuerzas, pero mientras lo hacía tuvo la sensación de no avanzar. Las olas le embestían y le desplazaban hacia atrás mientras el viento le soplabá en los oídos. Al instante, el mar le alzó unos metros. Desde arriba pudo ver que Frank se encontraba ahora a muy poca distancia de él.

—¡Aquí, aquí! —gritó el americano.

—¡Resiste! ¡Ya estoy cerca!

Le lanzó el salvavidas, pero el viento lo desplazó demasiado lejos.

—¡Otra vez! ¡Lánzalo otra vez! —clamó Frank chapoteando desesperado.

Las olas subían y bajaban a un ritmo frenético mientras un cielo oscurecido parecía a punto de romperse sobre sus cabezas. Dentro de aquel agua fría, sentía que su cuerpo se había encogido y que sus células formaban un escudo para evitar que las bajas temperaturas le consumieran. Miguel seguía braceando, tratando de mantenerse a flote. Tragando agua salada a su pesar.

Reunió algunas fuerzas y lanzó de nuevo el salvavidas, pero esta vez Frank desapareció de su campo de visión.

—¡Frank, Frank! ¿Dónde estás? —gritó con ansiedad.

El mar embravecido parecía jugar con ellos. Los escondía para ponerlos de nuevo frente a frente. Una mezcla de impotencia y desolación se apoderaba de los dos. Hubo otro salto de la marea y Miguel se topó de nuevo con el grumete. Sin pensárselo, le arrojó el salvavidas. Pero el flotador parecía rechazado por las olas, que lo alejaban o lo acercaban a voluntad. Frank, mientras tanto, se desesperaba. Sus fuerzas comenzaban a flaquear.

—¡Date prisa! —imploró—. ¡No puedo más! —decía chapoteando, alzando el cuello para no tragar agua.

Aunque había logrado reponerse de la impresión de su caída, en el rostro del americano se dibujaba una tétrica expresión de pánico. De pronto, se oyó un ¡flop!, y vio aquel círculo blanco mecidiéndose a tan solo medio metro de él. Era el salvavidas. Por fin había caído cerca. Frank logró estirar la mano y acariciar el caucho con la yema de los dedos. Sacando fuerzas de donde no

había, tomó impulso y consiguió atraparlo. Jamás en su vida se había sentido tan feliz.

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo! —chilló mientras la esperanza se abría paso en su interior.

Muy cerca de él, Miguel sonrió. Trataba de mantenerse a flote, dosificando sus energías, meciéndose sobre las olas para evitar que le aplastaran. Pero en seguida se dio cuenta de que la espuma blanca ocultaba en su interior unas inquietantes manchas oscuras. No supo bien qué eran. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Al instante, Miguel se giró. El mar se había llenado de barricas de roble que se balanceaban y chocaban entre sí estallando en un líquido de color rojo sangre. El océano se tiñó de tonos rojizos. De repente, su superficie se convirtió en un inmenso lagar. Olía a vino, a uva fina. Y como en una acuarela pintada por un enfermo, el paisaje parecía apocalíptico: los cielos anaranjados e irreales; las nubes cargadas de oscuridad; la marea convulsa y granate coronada por una cresta de espuma batida. Ante sus ojos solo veía vino, vino, vino...

Entonces, una ola se alzó con el tamaño de un gigante y un enorme tonel se aproximó a su rostro desde lo alto.

Horas más tarde, los cuerpos adormecidos de Miguel y Frank se mecían sobre una barrica bordelesa de doscientos veinticinco litros. Arriba, un sol brillante como un escudo apretaba con fuerza y comenzaba a tostarles la espalda. El bramido de la tempestad, la furia de las olas se había aplacado para dejar paso a un mar en calma sobre el que flotaban toneles y trozos de astillas. El manto

rojizo del vino se extendía sobre las aguas, creando casi una balsa de sangre. Sobre ella se balanceaban los cadáveres hinchados de algunos marineros; el capitán Cornell con su mostacho negro, flotando boca arriba, con la mirada clavada en el cielo y un gesto de pavor congelado en su rostro, las ropas empapadas, los pantalones y los tirantes casi arrancados por la fuerza del viento. Un poco más allá flotaba el doctor Edgerton, sin camisa, un pedazo de carne sin dignidad. A su lado se mecían un trozo de mástil, limones amarillentos para prevenir el escorbuto y algún saco de tela con el emblema del *Brunel*. Era como si el océano hubiera engullido al carguero y ahora se encontrase en medio de una tranquila digestión. Ni siquiera aquella imagen de los hombres flotando sobre una mancha de líquido rojo reflejaba la violencia vivida. Era la calma después de la tormenta.

A pesar de ello, el olor de la uva lo impregnaba todo. Seguía presente. Se colaba en los pulmones. Su aroma los empapaba. Entonces, el suave aire de poniente trajo una esencia a mar y salitre que se mezcló con la fragancia del vino.

Miguel no supo cuánto tiempo había transcurrido. Su conciencia se diluía, mecida por las olas.

Derrumbado sobre aquel barril de roble, empapado, sin saber si el naufragio había sido tan solo una ensoñación, el joven grumete vislumbró la tierra de su infancia. Las olas de varios metros de altura, los gritos de Frank —«¡Ten cuidado, ten cuidado!»—, el choque de los toneles en la bodega, y la visión del carguero partiéndose en dos antes de irse a pique..., todo aquello se mezclaba ahora con fogonazos de su niñez en las tierras de San Esteban,

aquel antiguo pueblo de piedra, con casas solariegas de color terroso conocido por sus escaramuzas en las guerras contra los árabes. En medio de aquella evocación, Miguel oyó una dulce voz familiar:

—Sal del agua.

—Déjame un poco más —imploró él.

—No, ya te has bañado bastante. Venga, sal.

—Déjame. Solo otro chapuzón...

Y vio a Rosalía, la matrona gallega que asistió a Natividad, su madre, durante el parto. La mujer que le dejaba chapotear en el río Ebro cuando él apenas tenía diez años. Miguel se vio a sí mismo saltando desde el tronco de un árbol, nadando sobre las aguas cubiertas de vegetación, jugando a las batallas de agua con otros mozos del pueblo, niños flacos e inquietos que correteaban nerviosos mientras inventaban lejanas aventuras de corsarios y piratas. El sol atravesaba las hojas verdes de los robles tiznándolo todo de una luz de oro. Ahora Rosalía le aguardaba en la orilla con una toalla, pidiéndole que se secase y se sentara a comer. Ella siempre se asombraba de su robustez y, mientras le frotaba el pelo húmedo, y el joven refunfuñaba, ay, ay, más despacio, la matrona le narraba la noche en que nació, un 4 de enero de 1879, cuando Miguel salió al mundo sin llanto y sin miedo, con un trozo de placenta adherido a la cabeza.

Rosalía le citaba entonces una vieja leyenda rural según la cual los nacidos en esas circunstancias estaban llamados a realizar grandes tareas. Aunque Teresa, otra matrona del pueblo, no pensaba lo mismo. Decía que las criaturas nacidas así vivirían colosales des-

gracias, aunque también disfrutarían de enormes golpes de fortuna. Ya fuera por su destino, o por la ausencia de suerte, todas las parteras coincidieron en que Miguel sería un niño especial, y que acumularía tantas experiencias en vida como tres o cuatro hombres juntos.

Y ahora, rememorando aquellas palabras, el joven grumete sonreía para sus adentros. Veía borroso el cuerpo de su compañero Frank. Su mirada recibía destellos de luz que le impedían enfocar con nitidez. El sol se le clavaba en los ojos creando a su alrededor siluetas descoloridas. Ante el silencio y la desolación, dedujo que no había supervivientes. Ni los marineros ni los mozos que trabajaban en las calderas habían sobrevivido. Miguel notó un picor en los hombros y, mientras se mecía en el agua, casi adormilado, creyó oír a su madre preguntándole: «¿Estás bien?».

Pero en seguida sintió un calor abrasador, y se vio a miles de kilómetros, arando las tierras de sus padres, la hoja de metal surcando el terreno, el hierro de la azada que quemaba en las manos, la imagen de unos modestos agricultores con las manos curtidas y la piel oscurecida por el sol, cultivando algunas hectáreas de uva en las tierras de la Rioja Alta. Aquel recuerdo hizo que sintiera una punzada de dolor. Miguel había asistido al desplome del negocio.

Algunos años antes de que naciera, allá por 1863, el oídio y la filoxera atacaron los viñedos de Francia. Los bodegueros franceses viajaron entonces hasta la Rioja para proveerse de uva. Cientos de campesinos como su padre decidieron cambiar de siembra. Era mucho más rentable plantar viña que cereal. Los franceses pagaban bien. La uva se vendía en la provincia y también en el extran-

jero. ¿Qué más podían pedir? Su padre, que tenía trigo y centeno, lo vendió todo. El color amarillento del campo riojano cambió. Pronto llegaron inversores vascos y bordeleses. Sembraron terrenos en Labastida, Haro, Cenicero, Briones... Comenzó a circular el dinero y, por primera vez, los agricultores podían pagar sus deudas e incluso permitirse algún capricho. Poco a poco, todos fueron a más. Algunos hicieron una pequeña fortuna. Se construyeron teatros en pueblos minúsculos y en muchos lugares se procedió al alumbrado público.

Después vino el ferrocarril con la vía de Castejón a Miranda. Pero cuando en 1890 Francia venció su epidemia, el mercado español se hundió. Había demasiadas vides. Muchos se arruinaron. Otros emigraron a América. Luego apareció aquella tormenta de granizo que destrozó las expectativas de independencia de su padre. La familia de Miguel tuvo que vender casi todas sus tierras al alcalde, Andrés Barea, amo de buena parte de los terrenos de San Esteban y cacique en la zona del Partido Liberal de Práxedes Mateo Sagasta. El padre del chico, que había nacido durante la primera guerra carlista y tuvo que sufrir los desastres de la segunda, se vio obligado a trabajar de jornalero para quien quisiera contratarle. A los sesenta y un años, llevaba tierras en arriendo y salían adelante como podían, con dos gallinas, algo de matanza y malvendiendo las uvas. El terreno que poseía, en una loma, era pedregoso, duro.

Por si fuera poco, la salud de Emilio Moreno ya no era de hierro. Cada vez le costaba más esfuerzo salir a trabajar. Era una tarea de titanes a cambio de un salario ridículo. A veces sentía ganas de

rendirse, y decía que acabarían todos en la Casa de Beneficencia y Caridad de Haro. Pero su hijo mayor, Fernando, le ayudaba haciéndole creer que podrían resistir. En la familia no querían que Miguel tuviera que pasar por lo mismo. Para la niña Dorinda pensaron en un convento de Carmelitas. Habían sido cinco hermanos, pero Pedro y Ana murieron de fiebres siendo niños.

Por aquel entonces, las cosas pintaban tan mal en la Rioja que imaginar un futuro luminoso era cosa de locos. Cuando un conocido ofreció a Miguel un trabajo de grumete en uno de los vapores que salían del puerto de Bilbao, sus padres se entusiasmaron. Si no podían pagar sus estudios, ¿qué otra salida les quedaba? Pensaban que con esfuerzo y paciencia el chico aprendería otra profesión. Quizás con los años acabaría siendo capitán. Al menos él podría tener opciones lejos de aquella región ingrata. Una tierra que lo había tenido todo y que acababa de perder su esplendor con pasmosa facilidad.

Siguió flotando. A su cabeza vino su despedida en el muelle bilbaíno. Entonces sintió que quizás nunca más volvería a ver a su familia. Su padre, su madre y sus hermanos estuvieron a punto de derrumbarse en un mar de lágrimas. A Miguel le parecía injusto que después de toda una existencia de penurias la vida castigara a su familia de una manera tan cruel. Con una separación.

Las olas seguían meciéndole y se acordó de Amanda, su prometida. En los primeros momentos, le pareció duro que ella no acudiera a despedirle. A pesar de su juventud, hacía pocos meses que se habían prometido. Era un secreto entre los dos. Los ojos verdes y el delicado rostro de la chica le habían deslumbrado

cuando él no era más que un crío. Ya entonces, los dos cruzaban miradas cuando iban a misa, y se entretenían en una esgrima de risitas, susurros y cartas a través de terceros. Casi a escondidas, se dejaban mensajes en las grietas de los muros y se lanzaban besos al aire que nunca rozaban sus mejillas.

Desde el primer momento, Amanda supo que quería casarse con él. A menudo coqueteaba con otros chicos, pero lo hacía más por seguir las convenciones que por obedecer sus propios anhelos. Se habían enamorado como solo los niños pueden hacerlo: con el corazón en la mano, entregándolo todo... Por eso, en los momentos previos al embarque, Miguel no dejaba de preguntarse qué sería de la mujer que amaba durante el tiempo en que estuviera fuera. Los dos sabían que si anunciaban su compromiso, la adinerada familia de ella, los Ruiz de Gárate, se interpondría.

—Dime que me esperarás. Promételo —le hizo jurar semanas antes de su partida.

—Te esperaré —replicó ella con una media sonrisa que no ocultaba su congoja—. Te esperaré cuanto sea necesario.

En San Esteban, Amanda le había asegurado que encontraría la forma de acudir al muelle de Bilbao.

—Aunque no pueda abrazarte, estaré allí para despedirte —le dijo.

Así que aquella mañana Miguel la buscó por toda la instalación portuaria. Su mirada recorría con ansiedad los carromatos, las calesas de muelles chirriantes. Creyó verla en una pequeña barcaza de pesca. Y también bajo una sombrilla de color rojo, cerca de las oficinas de administración. Amanda también estaba

entre las cajas con mercancías, en la joven del traje gris perla que descendía del coche simón, y en la chica del vestido blanco que agitaba el pañuelo y trataba de abrirse paso entre los baúles y los viajeros. «Es ella, es ella...», pensaba. Pero al segundo comprendía que la muchacha no guardaba ningún parecido con Amanda y que su novia había faltado a su promesa.

Así que el grumete se despidió de sus padres y sus hermanos. Eran una familia pequeña. Natividad, su madre, tuvo un mal parto y no pudo tener más hijos. Emilio se lamentaba de su mala suerte. Necesitaba brazos para ayudar en el campo. Aunque ahora que la crisis agraria apretaba, comenzaba a pensar que una boca menos suponía una bendición.

El joven grumete vio a sus padres y a sus hermanos nerviosos, tratando de mantener la compostura, haciendo mohínes para contener el llanto.

—Ya es hora —dijo.

Les soltó las manos y ascendió al carguero por la crujiente rampa de madera, sujetándose a la bamboleante barandilla mientras sostenía el pesado petate. Pero Natividad no pudo contenerse y salió tras sus pasos. Miguel se volvió con una sonrisa dolorida, como si no quisiera que aquella marcha fuera más triste de lo que ya era.

—Te quiero, mamá —dijo con un último abrazo, y a continuación añadió—: Anda, regresa... No lo hagas más difícil.

Su madre se giró y el chico se encaminó hacia la cubierta. Una vez allí, saludó con cortesía a los marinos y tardó en volver la vista hacia su familia. No quería que su congoja se notara. Abajo

estaban sus padres, campesinos pequeños y humildes, con sus ropas desgastadas y sus ojos vidriosos, exhibiendo una pobreza que a Miguel le atravesaba el alma. No podía ver sus alpargatas casi rotas y sonreír como si no ocurriera nada. Se marchaba, Dios sabía por cuánto tiempo.

Pidió para sus adentros que su familia se fuera, que no siguiera en el muelle hasta que el barco zarpara. Por fin, su padre entendió la situación.

—El chico está incómodo, mujer. Es mejor que nos vayamos ya.

Emilio cogió en brazos a Dorinda y acompañado de Fernando inició el camino de regreso. Su madre los acompañó, pero no podía apartar la mirada del barco.

A los pocos segundos, el carguero se puso en marcha con un bufido de humos y silbatos. La tripulación recogió los cabos y, con la lentitud de un pesado animal, el buque se fue separando con suavidad del muelle. La embarcación resoplaba como una vieja estufa. Miguel pudo ver entonces cómo su familia se alejaba. Apenas eran una leve presencia en el horizonte cuando comprendió que a partir de ahora le tocaría apañárselas sin su ayuda. Tendría que soportar la soledad. Aquellos seres queridos con los que había compartido la vida ya no seguirían a su lado para ayudarlo. Tampoco estarían cuando quisiera comentar con ellos cada descubrimiento del viaje. Aunque era casi un niño, el aprendiz de grumete respiró hondo. Trataba de acomodarse a la nueva situación. Su mirada recorrió el que iba a ser su nuevo hogar: la escalera que conducía a los camarotes, la cabina del capitán, la chimenea y la cubierta llena de trastos... Captó el olor a salitre y a pescado, la

grasa negra que cubría las cuerdas, las capas de pintura sobre el antiguo casco de madera. A su alrededor había un frenesí de marineros que cruzaban el puente, movían mercancías o arrumbaban cajas. El carguero estaba a punto de abandonar la bocana del puerto cuando de pronto Miguel oyó un eco lejano. Era una voz femenina que le hizo volverse de inmediato.

—¡Migueeeeel!, ¡Migueeeeel!, ¡Migueeeeel!

Su corazón comenzó a golpear con fuerza. Soltó el petate en el suelo con brusquedad y se dirigió hacia popa abriéndose paso entre los mozos, saltando sobre las cuerdas y los sacos de correspondencia. Entonces se asomó desde la cubierta y allí estaba Amanda, al final del muelle, con su peinado de tirabuzones y su vestido de terciopelo rojo, agitando la mano desesperada. Cuando él le devolvió el saludo, ella dio un salto de alegría. Había cumplido su promesa. Había llegado a tiempo de despedirse...

—¡Miguel, vuelve pronto! —le suplicó.

Él asintió con la cabeza, aunque no supo si Amanda pudo apreciar el gesto desde la distancia. Luego el joven grumete se derrumbó. Sus lágrimas contenidas brotaron de forma natural. Por un segundo tuvo deseos de arrojar al mar, de acercarse a ella, de no marcharse nunca de su tierra. Pero ya era demasiado tarde. Tenía que ganar dinero para sacar a su familia adelante. Ahora, mientras el carguero se alejaba, los dos muchachos se preguntaban si alguna vez volverían a verse, si el paso de los años mantendría vivo el amor que sentían. Así que se quedaron allí, mirándose destrozados, con un nudo en la garganta, viendo cómo la brecha y la distancia aumentaban. El carguero se alejó y los dos novios se

hicieron pequeños, chiquitos, casi inexistentes, para terminar evaporándose, convertidos tan solo en dos minúsculos puntos enamorados en mitad del universo.

A miles de kilómetros de allí, las olas seguían meciendo el barril que les hacía de salvavidas. Frank y él se sentían lacios, casi sin fuerzas, agotados después de aquel temporal de viento y lluvia. Las ropas se adherían a sus cuerpos entumecidos como una baba pringosa. Y el americano, con los labios resecos, volvió a preguntar:

—¿Cómo te encuentras?

Miguel abrió los ojos con torpeza y sintió que el sol le acuchillaba los párpados. Trató de hacer visera con la mano y notó que su cuerpo estaba amoratado. Las olas les habían arrojado encima algunos toneles que les golpearon en la espalda y en el costado.

—¿Dónde... dónde estamos? —alcanzó a decir con un castañeteo de dientes.

—Creo... que a varias millas de Veracruz —respondió Frank con una vocecilla imperceptible amortiguada por el rumor de las olas.

Miguel, desorientado, se frotó los ojos, y Frank observó el contorno grisáceo de unas montañas que parecían dibujarse al fondo. La corriente los empujaba hacia la costa. Un patético convoy de restos de madera, trozos de tela y barriles de vino surcaba las aguas de una manera tan plácida como irreal. Algunos cadáveres se habían alejado, pero en esa balsa de cuerdas, donde viajaban aparejos, una brújula y hasta un barómetro, destacaba enredado el cuerpo abotargado de Pynchon, el obeso cocinero asiático que

siempre servía raciones raquílicas. Flotaba gordo y sin vida. La marea lo alejaba hacia el infinito.

De pronto, Miguel vio unas sombras que se deslizaban con rapidez bajo las olas. Se giró alarmado, trató de recomponerse y señaló con el dedo:

—¡Oh, Dios!

—¿Qué pasa? —preguntó Frank.

El grumete español se quedó sin palabras. Había enmudecido ante una visión inquietante.

—¿Qué ves? —inquirió el americano con ansiedad.

Miguel sintió deseos de salir del agua. Con un nerviosismo que le paralizaba el cuerpo, trató de alejarse al máximo. Una aleta de color metálico avanzaba en su dirección. Entonces, un latigazo de pánico le puso en guardia. Por fin acertó a decir:

—¡Un tiburón! ¡Hay un tiburón!

Frank y él se miraron. ¿Qué iban a hacer? Eran dos naufragos a la deriva en un océano plagado de cadáveres...

—¿¿Qué dices?? —chilló su amigo—. ¿Un tiburón? ¿Dónde?... No veo nada.

El americano giró la cabeza a un lado y a otro, tratando de evitar que le pillaran por sorpresa. Pero el escualo se lanzó hacia ellos y la adrenalina les subió a las mejillas. Pensaron que iba a ser el final. El tiburón abrió sus fauces. Vieron sus dientes retorcidos, como pequeños y afilados cuchillos. Su boca se hacía cada vez más grande y monstruosa.

Frank gritó temiéndose lo peor. Sin embargo, en el último instante, algo llamó la atención de la bestia. Quizás un manjar más

apetitoso. El tiburón se giró de repente y se abalanzó sobre el torso del obeso cocinero ahogado. ¡Zam, zam! Le dio una dentellada y se oyó un crujido, un violento zarandeo de cuerdas y latas de metal. Una pelea contra la carne hinchada. Morder, y morder. Morder mientras los restos de Pynchon se troceaban, y sus huesos emitían pequeños quejidos de protesta. Al segundo, el mar se impregnó de sangre. Parecía que alguien hubiera abierto un grifo. El escualo se retorció, logró arrancar una pierna a toda velocidad y se alejó llevando un grueso muslo del cocinero entre sus punzantes dientes.

Tras presenciar aquella escena, Miguel notó que su conciencia se diluía. Casi sin detenerse a pensarlo, sintió que se desinflaba, se quedaba sin fuerzas. De pronto, desapareció la tensión. Todo se fue aclarando y cayó en un sopor confuso y vago... Notó que se mecía sobre el vientre de la barrica, que el agua le arrullaba. Apenas supo cuánto tiempo había pasado flotando en el mar. Minutos, horas. Quién sabe... Luego creyó oír el eco de unas voces que se aproximaban. Desde la lejanía, escuchó el batir del viento sobre las velas hasta que alguien dijo:

—¡Ah de la embarcación!

Cuando vino a darse cuenta, ya descansaba en el suelo de una barcaza. A continuación, le alcanzó un olor a madera húmeda y a salitre, y el eco de los remos sacudiendo el agua. Plash, plash, plash, plash. Sentía que se acercaban y se alejaban las nubes. Arriba, en un cielo cegador, parecían flotar las gaviotas como suspendidas de un hilo invisible.

Al abrir los ojos, su primer instinto fue llevarse la mano a la bolsa de cuero que le colgaba del cinturón. Temió haberla perdi-

do, pero se palpó bajo la correa y constató que las monedas seguían en su sitio. Al menos, había conseguido salvar sus ahorros.

—¡Muchachos, habéis tenido mucha suerte! ¡Los demás no han salido vivos! —dijo uno de los marineros contemplando la ristra de cadáveres hinchados que flotaba entre las maderas y las cuerdas.

Los hombres batieron los remos y la barcaza los trasladó hasta una fragata. Una vez dentro, bebieron agua dulce hasta hartarse y el capitán ordenó tomar rumbo hacia el puerto de Veracruz. Frank y él pasaron el trayecto durmiendo, entre sudores y calenturas. Cuando llegaron, un mozo los despertó. Desde el puente comprobaron que se trataba de una instalación enorme, donde se veían fabulosas grúas y un trasiego constante de embarcaciones de tres palos y barcos de vapor. Era un frenesí de goletas, viejos galeones con las velas izadas y ferris con chimenea de vapor. El glorioso pasado y el deslumbrante futuro se daban la mano en aquellos diques. Pero por encima de aquella agitación industrial flotaba un manto de tragedia, la certeza de las muertes, la noción de la propia fragilidad.

Se acercaron a proa y distinguieron el malecón cargado de palmeras, los pequeños puestos ambulantes y el faro Carranza. En la bocana los aguardaba el castillo de San Juan de Ulúa, una fortaleza española con muros de piedra. A medida que se aproximaban fueron notando que había una nube de mosquitos y que la temperatura se volvía a ratos sofocante.

Miguel y Frank acababan de sobrevivir a una tragedia que les había roto el alma, y ahora, con el cuerpo aún entumecido por los

golpes de las olas y el frío del mar, arribaban a un pequeño paraíso donde aquel naufragio había causado una colosal impresión. En seguida vieron a la muchedumbre que se arremolinaba en el puerto a la espera de noticias. Muchos aguardaban a sus familiares, y sentían en su propia piel aquel violento zarpazo de la naturaleza. Podía ocurrirle a cualquiera. La más sencilla de las travesías convertida en una masacre de gritos, mástiles rotos y hombres ahogados.

La embarcación se fue acercando al muelle y, junto a las grúas, vieron a guardias uniformados, gacetilleros de gesto grave subidos a las farolas con sus libretas de notas, fotógrafos que disparaban resplandores de magnesio y mujeres que se daban codazos o se secaban las lágrimas, casi a punto de desmayarse, anhelando tener noticias de los suyos. Algunos morbosos solo buscaban saber cuántas vidas se había cobrado el mar en esta ocasión.

Desde el puente descubrieron un coche ambulancia tirado por dos caballos negros. A su lado, varios carruajes oficiales. También había señores con sombrero hongo y crespones en el brazo que comentaban en voz baja el severo impacto de la tragedia. Mientras un zagal de pantalón corto se abría paso entre las piernas de los presentes, un estibador narraba algunos detalles truculentos y pronosticaba que en los próximos meses los pescadores de la zona sacarían en sus redes numerosos restos humanos, brazos, piernas o botas entre las palometas, los jureles, las rubias, los cazones y los pargos.

Al mismo tiempo que Miguel y Frank notaban los calores y sofocos de aquel clima tropical, los marineros iniciaban el proceso de

ataque. Entretanto, vieron cómo algunas barcas con toldos para evitar insolaciones se aproximaban con ganas de curiosear. Los dos amigos comprendieron que sobrevivir a una muerte segura los había ungido de un aura especial. Cuando la operación terminó, el capitán hizo sonar su bocina y un mozo de piel oliva colocó una rampa de madera mientras otro amarraba una soga a puerto. Miguel y Frank necesitaron de la ayuda de varios marinos para descender. Al verlos aparecer, la multitud elevó un murmullo.

—¡Son los supervivientes! —decían con el corazón encogido.

Los dos náufragos caminaron con torpeza, cubiertos con mantas, como si todo estuviera imbuido de una atmósfera irreal y el eco de la desgracia aún retumbara en sus oídos.

Descendieron la escala y se toparon con algunas autoridades. Se esperaba que hubiera más supervivientes, pero al comprobar que ningún otro bajaba, las mujeres de algunos marinos mexicanos comprendieron que eran viudas y rompieron a llorar entre lamentos y golpes en el pecho. Hubo desmayos, gritos de histeria y ataques de nervios. Podía palpase el dolor.

El comerciante de vinos que había pagado la carga les dio la mano. Era un inglés rubio de pelo ralo que chapurreaba el idioma con un fuerte acento.

—Soy Matt Silverman. Lamento las circunstancias, pero sed bienvenidos.

En su rostro sonrosado se adivinaba la preocupación. El práctico del puerto había acudido a su hotel a medianoche para avisarle del hundimiento, y ahora cruzaba los dedos deseando que la mayor parte de las barricadas hubiera sido recuperada. Sin embargo,

cuando un operario tiró de una polea y un único tonel bajó al muelle dentro de una red, Silverman supo que todo se había ido al garete. En ese instante, sus piernas temblaron y comprendió la magnitud de la catástrofe. El mar se lo había tragado todo: el buque, los marineros y la preciada mercancía. Adiós al vino y a los posibles beneficios de su venta. Ahora tendría que litigar con la compañía aseguradora para que le indemnizara.

Miguel y Frank, algo aturdidos, recibieron varias palmadas en el hombro y oyeron algunas palabras de ánimo. Un médico se acercó para reconocerlos y estudiar la gravedad de sus heridas. Aunque en la fragata les habían hecho una cura de urgencia, ambos mostraban signos de deshidratación y tenían la piel enrojecida, abrasada por el sol. Así que tras cumplimentar unos formularios, en seguida fueron conducidos en un carruaje hasta la casa de socorro.

Poco a poco, la multitud se fue disolviendo. Muchos abandonaban la instalación portuaria con lágrimas en los ojos. Abatidos.

Desde la ventanilla del coche ambulancia, Miguel y Frank captaron confusas impresiones de aquella ciudad mexicana. Se sorprendieron al ver que los tranvías pasaban por el malecón, que eran tirados por caballos y se llamaban ferrocarriles urbanos. Las calles les parecieron atestadas de cadetes de la armada con uniformes blancos. Era la primera vez que el *Brunel* hacía esa ruta, ya que la mayor parte del tiempo viajaba desde Bilbao hasta Londres e Irlanda. Algunos marinos mexicanos se habían embarcado para poder volver a casa.

Mientras el fragor de la vida se colaba por la ventanilla, el joven grumete entendió que algo empezaba a cambiar en su interior. Ahora comprendía lo frágil y maravillosa que era la vida. Y se preguntaba si tenía algún sentido seguir jugándose el pellejo, a merced del clima y a miles de kilómetros de casa, lejos de sus padres, sus hermanos y su novia Amanda... Sin embargo, aquella era su profesión. ¿Tenía sentido analizar sus desventajas? ¿Podía vivir con miedo, pensando que en la próxima travesía encontraría la muerte? Dejó la pregunta sin respuesta y se entretuvo con los fogonazos de color que se colaban a través del cristal. Pero cuando el carruaje pasó ante la Fábrica de Puros y la plaza del Zócalo, aquellos pensamientos retornaron. La mera idea de tener que regresar al mar empezaba a producirle náuseas.

—Tranquilo —le dijo Frank para animarle—. Seguro que muy pronto volvemos a la normalidad.

II

En Veracruz, la hazaña de los dos supervivientes corrió como la pólvora. Por si la noticia del naufragio llegaba a España, Miguel pidió que enviaran un telegrama a casa.

—No quiero preocupar a mi familia —explicó.

En la cama del hospital seguía guardando reposo, recuperándose de las contusiones y las pesadillas que le asolaban durante la noche. A finales de semana recibieron una invitación del gobernador Teodoro Dehesa, un hombre de piel cetrina, bigote fino y ojos brillantes. Quería ofrecer una cena en honor de los dos grumetes. El relato de su aventura le había fascinado.

La celebración tuvo lugar en un palacete de estilo neoclásico situado en las afueras de la ciudad. Coincidiendo con ello, el gobernador quiso probar una remesa de vinos españoles que un comerciante de Jerez trataba de introducir en el país. Desde la época colonial, la corona de España obligaba a todos sus territorios a importar su vino. El cultivo de la vid en ultramar estaba prohibido y, gracias a eso, los paladares mexicanos habían aprendido a apreciar el vino español.

Miguel acudió con un traje con pantalón, levita y chaleco de seda alquilado en una sastrería. Lucía chistera cilíndrica forrada de felpa negra y una camisa blanca. Nunca se había vestido de manera tan elegante. Se sentía incómodo, inseguro. Frank iba ataviado con un traje azul y un chaleco de cuadros escoceses. Tras aquellas jornadas de calma en el hospital, ahora se veían sorprendidos por la alegría y el bullicio de la celebración. Con todo, aún conservaban cicatrices y quemaduras en el rostro y en las manos, por lo que al abrirse paso y rozarse entre los invitados volvían a notar algo de dolor.

Nada más entrar, se toparon con grupos de jarochas, hermosas muchachas que vestían trajes regionales y bailaban los sones de la tierra. Llevaban el cabello trenzado y con peineta de carey, un abanico en las manos y refinados vestidos en tonos pastel adornados con alhajas: corales, oro y perlas. En las mesas se mezclaban los platos con langostinos verdes, pulpos y camarones. El olor a comida —a carnes braseadas y a pescado a la plancha— lo impregnaba todo. Había calamares rellenos en su tinta, estofado de pollo y pierna horneada. Algunos camareros con pajarita iban de un lado a otro ofreciendo a los invitados degustar los postres típicos, como la empanada de guayaba o el alfajor de maíz.

Con su aire de americano extravagante, Frank lo miraba todo con los ojos muy abiertos, devorando sin parar yemitas de canela y dulces de coco. Parecía que comiendo como un mulo quisiera librarse del trauma vivido. Estaba claro que su amigo se perdía por el estómago. Mientras los mayordomos desplazaban fuentes

de plata y candelabros con velas, los trozos de pastel le iban dejando migas en la chaqueta.

Miguel se encontraba un poco aturdido por la música de las rancheras y la luz de las bengalas. Frank le contemplaba desde lejos y pensaba que aquel jovencito alto y fornido le había salvado la vida. Observaba su rostro afilado y su mirada azul, esa mezcla de bondad y firmeza llena de atractivo que le convertía en un imán para los demás. Los empresarios más importantes de la ciudad y algunos nobles rodeaban al adolescente riojano. Y mientras tanto, Frank no cesaba de narrarle a todo el mundo, en un castellano embrollado y salpicado de inglés, que de no haber sido por el joven grumete, su muerte habría sido segura. Así que cuando se dirigían al español, todos le tildaban de héroe.

Su aspecto entre viril y aniñado cautivaba la atención de algunas damas, pero al sentirse requerido por ellas, él enseguida se acordaba de Amanda. Luego, rememorando el naufragio, pensaba que aquella fiesta no era más que una celebración de la vida, así que abandonaba las lúgubres imágenes que aún le asolaban, apartaba los recuerdos oscuros y sonreía ante el espectáculo de color que fulguraba frente sus ojos.

Frank estaba al fondo del salón, junto al gobernador Teodoro Dehesa, quien presumía de su amistad con el presidente de la República.

—... sí, sí, es cierto... El general Porfirio Díaz y yo nos conocemos desde hace años... Pero venga, venga, acérquese —le indicó a Miguel, que sorteaba a las parejas que ya comenzaban a bailar.

El joven dejó en una esquina un vaso de guarapo, una bebida

fermentada hecha con miel de caña, y se encaminó hacia su anfitrión. Para el hijo de un humilde campesino español, ser recibido por una autoridad de ese calibre era algo extraordinario.

En una esquina, un pequeño grupo charlaba de manera animada y, de tanto en tanto, prorrumpía en sonoras carcajadas. De pronto, uno de los marinos que le socorrieron durante el naufragio, un hombre pequeño, de cuerpo compacto y modales enérgicos, pidió silencio a la orquesta.

—¡Atención, damas y caballeros! ¡Dentro de unos instantes abriremos este tonel! —dijo señalando hacia un envase—. ¡Celebraremos la hazaña de estos jóvenes rescatados del océano!

Frank y él se miraron sorprendidos. No se lo esperaban. Se trataba de la misma barrica que habían visto bajar a puerto; la misma que había dejado abatido al comerciante de vinos inglés. Los dos se giraron hacia Matt Silverman, que se encontraba junto a una columna conversando con otro comerciante de vinos. A unos metros de él estaba su esposa, una mujer rubia y de escote generoso que departía con algunas damas de la alta sociedad. Su vestido de seda en color crema y el refulgente juego de diademas y joyas que lucía en el cuello eran la comidilla de los presentes. Los detalles de su vestuario demostraban que los Silverman nadaban en la abundancia.

Miguel y Frank hicieron un gesto para captar la atención del inglés. Este los miró y los dos señalaron al barril. Pedían su aprobación para abrirlo.

—¡Adelante! —dijo Matt dando su bendición—. ¡Que corra el vino! ¡Y si les gusta, díganmelo! ¡En dos semanas me llega un

nuevo cargamento! ¡Juro que les haré un buen precio! —Después se recompuso, se cerró el botón del chaleco y declaró—: Os pido que disfrutéis de esta bebida que vamos a probar en unos instantes... Un buen puñado de hombres ha muerto para que este vino llegue hasta nuestras gargantas. ¡Sirva de homenaje a todos ellos!

Los invitados aplaudieron. A continuación, Frank cogió una espita y un martillo y, de un golpe seco, la clavó en el vientre de la barrica. Al instante, un líquido de color carmesí emanó de su interior y manchó el suelo. Una gran ovación inundó el salón.

—¡Bebed! —dijo el gobernador satisfecho.

El americano colocó un vaso bajo el grifo y luego se lo ofreció a Miguel. Su amigo sonrió y le dio un tiento. Era un vino potente, carnoso.

—Mmm... Está delicioso —dijo el joven español mientras lo saboreaba.

Notaba cómo el líquido bajaba calentándole suavemente la garganta. Los mexicanos, que se pasaban nuevas copas, también andaban sorprendidos por su calidad. El gobernador miró el vaso al trasluz y observó que el vino había bañado de lágrimas el cristal. Después, hundió la nariz en la copa para dejar que los aromas conquistaran su olfato.

—¡Mmm...! Sus compañeros no han muerto en vano... —le comentó a Miguel mientras balanceaba su copa.

Frank guiñó un ojo a Matt Silverman y le dijo:

—Si hubieran rescatado más barricas, nos las habríamos bebido, ¿verdad, jefe?

Matt asintió con un gesto y entonces el gobernador anunció:

—¡Brindemos! —Luego elevó la copa y dijo—: Muy pocos paladares tienen el privilegio de catar un vino que ha sobrevivido a un temporal.

Los presentes hicieron un brindis y se oyó una majestuosa sinfonía de cristales chocando. El comerciante de vinos español, un jerezano alto y desgarbado con el pelo color azabache, señaló entre bromas:

—Eh, no es justo. Esto es competencia desleal.

—¡Vamos, sabes que el jerez y el rioja no son comparables! —replicó el inglés con ironía—. El vuestro es un vino de postre. Los únicos que hoy por hoy pueden hacernos sombra son los vinos catalanes.

—¡Por Dios, ¿qué dices? Olvidas que hasta hace bien poco en cualquier celebración en España se bebía vino blanco de la Ribera del Duero. O sea, que esta moda del rioja puede cambiar en cualquier momento. ¡Vamos!...

Al oír aquello, en el salón se escuchó una carcajada. La rivalidad entre los dos comerciantes era digna de un dúo cómico. Mientras aguardaban a que se iniciara la cata, Matt les explicó que la carga del *Brunel* había sido asegurada por la Rifford Asoc., una compañía holandesa. Y el gobernador aprovechó la distensión del momento para dirigirse a Miguel. Su aire despierto había avivado su atención. Mientras todo el mundo bebía, Teodoro Dehesa miró una vez más al trasluz el color púrpura de su copa y comentó:

—Vaya, debe de ser un negocio fantástico.

—Depende de para quién... —replicó el joven español.

—Estos vinos han mejorado mucho. Hace unos años su calidad no pasaba de mediocre. Tengo entendido que incluso su rey Felipe II decía que eran groseros.

—Mi padre conoce muchas historias de la época antigua —recordó Miguel—. Dice que antes la gente usaba animales enteros, trozos de tocino, yesos, restos de peras y manzanas, sangre, membrillo, sal y agua para ayudar al vino durante la fermentación. —El mexicano hizo un mohín de asco y retiró su copa—. Por no hablar de cuando se añade alcohol industrial o colorantes químicos como la fucsina —añadió burlón el grumete—. Y, aunque no es lo mismo, del vino vendido en pellejos bañados por dentro con la pez.

—¿Con peces? —preguntó una señora morena alarmada.

—No, la pez es una sustancia resinosa —explicó el muchacho—. Le da al vino un gusto de lo más desagradable.

Una algarabía de risotadas con tintineo de copas lo inundaba todo cuando Matt Silverman se acercó al gobernador y entró en la conversación.

—Mi padre siempre hablaba de los problemas que se encontraba en España a la hora de exportar vino. A veces los porteadores aguaban la carga para quedarse con la mitad. A menudo robaban. Y cuando todo parecía ir a las mil maravillas, los del servicio de aduanas se encargaban de bajarle a tierra. De hecho, la primera vez que envió un cargamento a Londres, todo el vino llegó en mal estado... Imagínese cómo sería que hasta los aduaneros pensaban que se trataba de vinagre...

—¿De qué época me habla? —quiso saber el mexicano mientras se acariciaba el bigote.

—No hace mucho. 1850 o así.

—¡Vaya, no hace tanto!

Aquellos relatos desataron la sed de los reunidos. Así que el pequeño corro se aproximó hasta el barril para hacer otra degustación. En esta ocasión, fue el propio gobernador el encargado de servirles. El color enrojecido de sus mejillas y algunas bromas chispeantes revelaban que aquella bebida le sentaba de maravilla.

Miguel estaba atónito. Comprobaba cómo los vinos nacidos en su tierra hacían enloquecer a gentes de otros países. En todo el tiempo que pasó embarcado, era la primera vez que transportaba vino. Y, mira por dónde, el barco había naufragado. Pura fatalidad. Por un instante recordó a los marinos ahogados. Le hubiese gustado que hubieran podido oír los elogios que unos y otros dedicaban a aquella bebida que ahora tenían entre los labios. En cierto modo le parecía increíble que aquel líquido creado de manera artesanal y con jornales de vergüenza causara sensación más allá de sus fronteras.

Al segundo, el muchacho pensó en su padre, en la tarea minuciosa del viñedo, en las cepas a las que había dedicado cada minuto de su pensamiento, en lo mucho que había trabajado durante toda su vida para acabar sin tener nada. Después miró a Matt Silverman y pensó que mientras en San Esteban la mayoría de los vecinos sufría todo tipo de penurias, otros se enriquecían a su costa.

Los mayordomos sirvieron nuevas copas de rioja y los reunidos se repartieron en pequeños grupos. Miguel abandonó el bullicio de la celebración con su humo de tabaco, y salió al porche a

respirar un poco de aire puro. Allí la música parecía un eco amortiguado. El océano brillaba al fondo como una hoja de plata y la brisa marina traía aromas de puerto y salitre. Bajo la luz de la luna, el joven español se sentó en la escalinata del jardín, invadido por el olor de las buganvillas. De pronto, una súbita nostalgia le embargó. Su amigo Frank, que llevaba un tiempo buscándole entre los salones, abrió la puerta de cristal y lo encontró sentado en la oscuridad. Así que se aproximó y se sentó a su lado.

—¿Algo va mal? —preguntó mientras comía un trozo de tarta.

—No. Qué va —replicó Miguel tratando de quitarle importancia a su melancolía.

Pero el americano conocía al muchacho demasiado bien. Habían compartido el mismo camarote durante meses, haciendo frente al trabajo duro, a los roces con otros compañeros, al aburrimiento que hacía que los hombres se volvieran locos. Así que insistió:

—Venga, en serio. ¿Qué te ocurre?

Miguel bajó la cabeza y acabó sincerándose.

—Si mis paisanos supieran que sus vinos entusiasman a la gente y generan tantas ganancias...

—¿A qué viene eso? —replicó Frank.

—He oído al gobernador y a sus invitados hablando de la calidad del vino que transportábamos. Y sin embargo, en mi tierra ni siquiera somos capaces de hacer un buen dinero con él. Fíjate, tuve que embarcarme porque en casa éramos demasiadas bocas. El viñedo no nos daba para vivir.

—También yo me embarqué para salir adelante —explicó su amigo—. Las cosas son difíciles en todos los sitios.

—Ya, pero lo tuyo es distinto. Siempre has sido aventurero. Has trabajado en las minas, en la construcción del ferrocarril. Luchaste en la guerra con los siux... Por lo que cuentas, vienes de un país grande con gente emprendedora. Pero en la Rioja las cosas son distintas... Primero vinieron los franceses desde Burdeos para llevarse la uva. Después, los comerciantes de vinos ingleses. Este Silverman se saca una fortuna con solo hacer de intermediario. Fíjate en su esposa. ¿Has visto qué joyas...?

—Seguro que valen un dineral.

—Pienso en la ropa que lleva mi madre y se me cae el alma a los pies.

—Con uno de esos brillantes me compraba una granja con caballos —apuntó.

Miguel cogió un guijarro y lo lanzó al fondo del jardín con una mueca de fastidio.

—Hemos estado ciegos. Hemos dejado que nos roben. Todo el mundo ve dinero menos nosotros. Si vieras lo que nos pagan, las condiciones en que trabajamos, no darías crédito... Nuestro vino tiene un gran potencial.

Frank asintió:

—Pues ya sabes, espabila...

Aquella noche, en su habitación, Miguel tardó varias horas en dormirse. Mientras la suave brisa que entraba por la ventana mecía las cortinas de lino, él tenía la mirada clavada en el ventilador que colgaba del techo. El banquete le había abierto los ojos. La

llave de la salvación estaba en sus propias manos. ¿Cuántos años debían trabajar su padre, su hermano Fernando y él mismo para que su madre o su hermana Dorinda pudieran lucir uno de aquellos vestidos? Aquella era la prueba. No necesitaban emigrar para salir adelante. Poseían un tesoro en la misma puerta de casa. Tenían la tierra, las uvas, el clima... Solo había que saber cómo sacarle fruto.

En lo que quedaba de noche, no pudo conciliar el sueño. Su alma albergaba emociones encontradas. De una parte, sentía una profunda tristeza por el precario estado de su familia, pero por otra, experimentaba una sensación de euforia. Notaba que a partir de ahora las cosas iban a ser distintas, que ya no había vuelta atrás. Tenía que seguir adelante. Sí, sí, era eso... Volver con los suyos. Besar a Amanda. Hacer felices a los demás. Era como si aquellas señales dispersas —el naufragio, el reciente pánico al mar, su melancolía— le colocaran de frente a su destino. Era como si las fuerzas profundas de la vida le arrojaran de golpe hacia la tierra.

